

OJEADA SOBRE LAS MISIONES.

Para que nada nos sirva de embarazo cuando entremos en la historia de Francia, será bien reseñar antes rápidamente el gran movimiento de evangelización en remotos países inaugurado espléndidamente por Francisco Javier, continuado por el heroísmo de sus sucesores y que debía durar tanto como la vida misma de la Orden.

Javier había muerto sin franquear la misteriosa barrera que separaba la China del resto del universo. En 1556, y antes que ningún otro Jesuita, Melchor Nuñez llegó á penetrar en ella uniéndose á los comerciantes portugueses, logrando llegar hasta Canton, ciudad enorme, cuya riqueza le llenó de asombro.

Javier se hubiese puesto á predicar desde luego, pero Javier tenía el don de milagros. Por una prudencia que fué imitada largo tiem-

po y que produjo sus frutos, el Padre Melchor, temiendo sobre todo cerrar para siempre aquella puerta entreabierta con tan celosa desconfianza, se abstuvo de toda predicación pública. La ley y las costumbres de la China amurallan las inteligencias.

En 1563, cinco Jesuitas acompañaron á la embajada portuguesa, y guardaron la misma reserva.

Mateo Ricci fué el que llegó primero á la costa de Pekin, y quien no solamente emprendió, sino que hizo progresar mucho la evangelización del Imperio celeste, donde la Compañía de Jesús debía ganar tantas palmas heroicas.

Ricci era discípulo del Padre Valignani, el misionero *chinologo*, ó más bien el gramático universal de las lenguas del extremo Oriente. La historia de aquella educación y del cuidado que ponía Valignani en preparar á sus jóvenes apóstoles para la conquista del martirio, es una de las páginas más conmovedoras, y al mismo tiempo más curiosas que se pueden leer.

El Abate de Vertot cuenta en su *Historia de la Orden de Malta*, libro algo rancio ya, pero

muy interesante, la aventura de Diosdado de Gozon, futuro Gran Maestre de Rodas, quien para asegurar su victoria sobre cierto monstruo, dragon ó serpiente, del cual habia prometido librar á la isla, hizo construir una imágen del terrible animal, y acostumbró á sus perros de caza á lanzarse sobre este simulacro. Hasta entonces todos los temerarios que se habian atrevido á atacar al monstruo habian sido devorados, pues estaba cubierto de escamas, que equivalian á una coraza fortísima.

Aquella armadura, que era de color bronceado, desafiaba á la lanza, pero el caballero Diosdado habia notado que el dragon tenia debajo del vientre un sitio descubierto indicado por una mancha bastante grande de color amarillo lívido, y se le ocurrió una estratagemá, que el Abate de Vertot calificó de ingeniosa con mucha razon.

Hizo abrir en el vientre del simulacro un agujero de la misma forma y dimensiones que la mancha lívida del monstruo, y cerró este agujero con una puerta, que hizo pintar de un color exactamente igual al de la mancha. Esta puerta se abria en cuanto se ejercia alguna presion sobre ella. Cuando hubo hecho

todo esto, el caballero dejó sin comer á su jauría y colocó pedazos de carne en el interior del simulacro. La jauría, como es fácil comprender, no bien se hubo acercado al monstruo de carton, cuando olfateó la comida y se lanzó sobre la puerta amarilla, que, aunque al principio resistió, no tardó en abrirse y en dejar pasar á los perros, los cuales se cebaron en su presa.

Durante un mes repitió el caballero estos ejercicios, con tan buen resultado, que la jauría cobró afición á aquella puerta amarilla, detrás de la cual encontraba la comida. Al cabo de un mes el buen caballero dejó tres dias sin comer á sus perros, y los condujo luego, no hácia el simulacro, sino hácia el monstruo de carne y hueso. Este, segun su costumbre, empezó á echar fuego por la boca, pero los perros no hicieron alto en esto; iban en busca de su comida.

Y cuando el monstruo, en uno de sus desordenados movimientos, mostró la mancha lívida de su vientre, reconocieron su puerta amarilla y se lanzaron sobre ella.

No sé si el Padre Valignani habia tenido conocimiento antes que Vertot de esta feliz

invencion, pero es lo cierto que su plan de campaña, laboriosamente preparado, tenia muchos puntos de semejanza con el del caballero Diosdado.

Él tambien adestraba una jauría, una jauría de héroes para penetrar en las entrañas de un mónstruo cubierto de escamas impenetrables. Este mónstruo era la China, país clásico de las cosas inverosímiles y éxtrañas, enigma inmóvil, tan bien defendido contra la apasionada curiosidad del resto del universo, que la imaginacion se lo representaba ceñido de una famosa muralla de acero y lleno de palacios encantados construidos por las hadas de los poemas novelescos.

La jauría del Padre Valignani tenia hambre, hambre de misericordiosa abnegacion, de esfuerzos civilizadores, de ciencia, de combates, de martirios. El mónstruo, acorazado de piés á cabeza, tenia un sitio débil, una mancha amarilla, bien oculta bajo su vientre; pero que era una puerta, y, por consiguiente, se podia abrir.

Este punto vulnerable de la coraza china era y es todavía una avidez infantil de saber, una curiosidad innata; una disposicion algo burda, pero sutil, para todo lo que es matemáticas, astronomía, física y filosofía.

Toda la vida del Padre Valignani, maestro de apóstoles, como Warwik era fabricante de reyes, se empleó delante de esta puerta cerrada, no solo en buscar los medios con que otro pudiera abrirla, sino en asegurar la manera de que se estableciesen sólidamente al lado de allá los que hubieran conseguido forzarla aprovechando sus trabajos.

¿No es esto verdaderamente maravilloso? ¿Y se encontrará en parte alguna fuera del instituto de los Jesuitas, tan original en su grandeza, un ejemplo semejante de lo que puede el perfeccionamiento de las aptitudes puesto al servicio de la fé?

En nuestros dias, un hombre de talento indisputable, Carlos Fourier, cuya influencia ha sido nula, ó muy escasa, porque se olvidó de Dios y de la moral divina, al fabricar el ingeniosísimo juguete de niño á que daba el nombre de falansterio, creyó haber inventado el modo de aprovechar atinadamente la apti-

tud de cada cual en beneficio de la sociedad entera.

Fourier no conocía á San Ignacio, quien ciertamente no tenía pretensiones de inventor, ni perdía nunca su tiempo precioso en hacer castillos de naipes con los sistemas, sino que hacía descender del cielo por medio de la oracion el fuego sagrado, ó sea la ciencia de los corazones. Antes y despues de Fourier, de cuyo pueril trabajo acaso no tiene noticia, habia recorrido y recorre todavía la Compañía de Jesús con su dedo poderoso toda la escala de las atracciones y de las aptitudes, para hacerlas servir á la paz universal y á la salvacion eterna.

Entre los discípulos á quienes adestraba el Padre Valignani en la singular y difícil esgrima por él inventada, sobresalieron los jóvenes Padres Pazio, Ruggieri y Mateo Ricci, instrumentos admirables para la obra á que se les destinaba, sobre todo el último de ellos, ejemplo pasmoso de lo que puede una educacion perseverante y bien dirigida. Si hay algo más admirable que el relato de esta preparacion tan inteligente como adecuada hasta en sus menores detalles, es el uso oportuno, atrevido

y escelente que hicieron Ricci y sus sucesores de esta gimnasia perfeccionada en la lucha épica que hubieron de sostener.

De las manos de Javier, imágen ó reflejo de Jesucristo, brotaban los prodigios; era el génio mismo de la piedad entusiasta; desde las alturas de su amor mandaba á los hombres y á las cosas: nadie podría decir lo que hubiera hecho en China si Dios le hubiese permitido penetrar en ella santificado por sus grandes victorias en la India y el Japon, pero Javier habia muerto. Era preciso reemplazar el talisman divino que él se habia llevado al cielo, con el esfuerzo de la prudencia humana, ayudada, es cierto, por la gracia de Dios, sin la cual son vanos todos los esfuerzos.

Por esta razon, Ricci, que no tenia el don de milagros como Javier, excita, sin embargo, un interés más vivo á través de las peripecias de su odisea cristiana. Es un hombre que lucha contra el imperio chino, esa enorme bagatela compuesta de quimeras, con toda clase de armas; Ricci es á un mismo tiempo, si cabe decirlo así, apóstol y aventurero, San Pablo y Robinson Crusoé; es sublime, ingenioso, sutil, temerario, astuto; saca

partido de los eclipses como Cristóbal Colón; no menosprecia ningún pormenor, se aprovecha del camino real, adivinando las sendas y trochas, y recurriendo á ellas cuando así le conviene; es intrépido para abrirse camino, pero retrocede sin vacilacion en caso de necesidad para emprender otro nuevo; tiene la astucia de todos los diplomáticos juntos, y gana cada pulgada de terreno á costa de su vida, gastada en la nobilísima tarea á que se consagró por entero, con una prudente economía y con una prodigalidad inagotable.

Lo sabe todo: todo lo que saben los chinos, para abrirse paso entre ellos; todo lo que los chinos ignoran, para dominarlos. Es el Jesuita afiliado dos veces, que une á los recursos de su propio ingenio los heredados del ingenio de su maestro. Tiene salida para todos los ataques, para todas las dificultades, para todos los obstáculos. Conoce la lengua de los letrados mejor que los letrados mismos, y en materia de filosofía de quitasol, podría dar lecciones á Confucio.

Sabe al dedillo la geografia de los mandarines, que imaginan á la tierra cuadrada y dormida en el espacio bajo la proteccion del

emperador, hijo del cielo; no ignora el reconocimiento que, segun ellos, debe la tierra á este mismo emperador, al celestial Van-Lié, el cual la sostiene por condescendencia desde el fondo de su palacio, y lleva su bondad hasta impedir que se pierda á cada momento en los abismos; pero conoce todavía mejor la verdadera geografia de este globo, que, segun los europeos, viaja á través del espacio, y al sol y á los planetas, á todo el sistema del universo, segun se le conoce en París, donde ha sido inventado tan bien, que tal vez se ha llegado á descubrirlo tal cual es.

Puede á su capricho,—y esto es inapreciable,—penetrar las argucias de los letrados ó dejarlos admirados súbitamente con inesperadas revelaciones. En este punto posee verdaderos tesoros. Si quisiera, en vez de predicar la doctrina de Jesucristo, se haria pasar por Dios con solo poner el primer libro de Euclides al alcance de los bonzos.

Así es, que despues de haberle costado grandes trabajos franquear las puertas del imperio, casi llega al cabo de algun tiempo á naturalizarse en él. Entónces escribe al Padre Valignani, que se hallaba á la sazón en Macao, con-

sultándole sobre la elección de traje oficial; era llegado el caso de pensar en ello. Dado el país en que se encontraba, era esta una cuestión de la mayor importancia, y su antiguo maestro le contestó que adoptara el largo traje y la mitra de los sábios chinos.

La elección era buena: Ricci la acepta y llega de esta suerte, á través de aventuras tan extraordinarias como heróicas, hasta Nankin, donde señala el sitio en que se habia de levantar una casa de la Compañía, y luego al mismo Pekin, donde se le concede el supremo honor de visitar, no en verdad á Van-Lié en persona, (el cual no puede en conciencia abandonar ni un solo momento su tierra cuadrada por temor de que se pierda), sino al trono vacío del mismo Van-Lié, lo cual viene á ser lo mismo, honor que le asegura una influencia igual á la de los mandarines más calificados.

No esperéis que se detenga en tan buen camino. Desde entonces, sin esfuerzo alguno de su parte, se esparce el rumor de que el hijo del cielo tiene con él entrevistas nocturnas, en las cuales arreglan de concierto intereses cuya importancia no alcanza nadie á

calcular, tales como la forma de una caperuzza de guerra que debe poner en fuga á los tártaros sin necesidad de combate. Este rumor, nacido en el pueblo, llega hasta la corte, y como no hay manera de cerciorarse de lo que hace un emperador invisible y mudo, sucede—cosa increíble—que el gran ministro del Imperio, dando crédito á lo que dice todo el mundo, solicita la amistad del supuesto favorito, se convierte en adulator suyo y llega á ser su servidor más obsequioso.

Pero se dirá, ¿qué se hace por Dios con todo esto? ¿Y la palabra de Dios? ¿Qué ha sido del apostolado en medio de las extrañas aventuras?

Dicho se está que el apostolado es en esto el todo, y que no hay en ello otra cosa sino un apostolado. Estas aventuras son las travesías del camino que el apostolado recorre incesantemente.

Fueron menester una prudencia extraordinaria é innumerables rodeos para llegar á la primera predicación. En este país no hay nada parecido á lo que se ve en otras partes: se comprende todo, se juega con todo, todo se discute, se buscan evasivas para todo, pero se tiene de-

seo de todo. Se trataba de vivir en medio de estas condiciones y de utilizar estos materiales. Para edificar algo es necesario armonizar estos contrastes. La grandeza evidente de la moral evangélica logra dominar, hasta cierto punto, á estos espíritus sutiles, los cuales, sin embargo, no aceptan á Jesucristo sino condicionalmente y sin cruz.

Este pueblo niño, aunque decrepito, esta aristocracia semi-culta y semi-bárbara, en la cual cada mandarin no es realmente otra cosa sino un monote, no quiere aceptar la humildad de la Cruz. En todo lo demás es posible entenderse con ellos, en esto no. Esto no es chino. Jamás ha sido crucificado un chino. Un chino se abre el vientre sin repugnancia ninguna; pero no se dejaría jamás clavar en la Cruz.

¿Y cómo habian de adorar los chinos al Dios de los cristianos, que infringió esta ley del decoro chino?

Durante mucho, muchísimo tiempo, fué este un obstáculo insuperable. Ricci habia ganado todas las batallas en todos los terrenos, y, sin embargo, todavía le disputaban este á pié firme los obstinados chinos. Los

grandes orgullos se humillan;—pero no las vanidades pueriles,—y la vida toda de este pueblo fantástico es un conjunto de jactancia, de envidia y de audacia, empleada en satisfacer su infantil vanagloria; su amor propio se alimenta de farsas gigantescas y de microscópicas monstruosidades que pasman á la lógica y desconciertan á la razón; y á cada paso, en el camino que se creía haber allanado, abren abismos ridículos y terribles al mismo tiempo.

Se habian conseguido ya, sin embargo, resultados que se pueden calificar de enormes. Las iglesias brotaban de la tierra, los seminarios se llenaban antes de estar concluidos. Se vió á los bonzos llevando al Santísimo Sacramento, y los mandarines convertidos se contaban por centenares.

Hubo apóstoles chinos, verdaderos, invencibles confesores, entre los cuales Pablo Sin, el admirable orador, el gran mandarin Li, y muchos otros brillan con vivísimos resplandores. Eran todos ellos hombres cortados á la antigua, cuya virtud y saber hubieran honrado á la primitiva Iglesia. Si en vez de tratarse de China se tratase de otro cualquier país, po-

dia decirse que teníamos aquí una de las más bellas y dilatadas cristiandades del mundo, asentada sobre solidísimas bases; pero estamos en China, y en esta pátria de los sueños se tiene siempre miedo de despertar sobresaltado.

Este despertar llegó: y como todo sucede al revés en este pueblo extravagantemente original, en el cual hasta los extranjeros contraen en poco tiempo la enfermedad de lo imposible, el despertar fué encontrarse con una persecucion que no provenia de los bonzos, ni de los gobernadores, ni de los mandarines, ni del emperador, una persecucion promovida,—no os digo que lo adivineis, porque no podríais acertarlo nunca,—¡promovida por la autoridad eclesiástica!

Ha sucedido á veces que la Iglesia, infalible en su cúspide, ha tenido escalonados en sus gradas á servidores indignos de ella. Estas debilidades desaparecen en la gloria del conjunto, pero han existido y existen siempre.

En el año 1606, el décimo octavo del apostolado maravillosamente hábil y feliz de Matteo Ricci, la autoridad eclesiástica estaba representada en aquellas remotas comarcas por el Vicario general de Macao, ciudad en donde

habia un colegio de Jesuitas. Elegido el Rector de este colegio para resolver, como juez árbitro, un litigio pendiente entre el Vicario general y un monje franciscano, dictó sentencia favorable á este último. Enfurecido por esto el Vicario general, fulminó sus censuras contra todos los franciscanos, contra todos los Jesuitas, contra el gobierno de la ciudad y contra la ciudad misma (1).

Al mismo tiempo hizo que los Jesuitas fueran delatados en Canton, atribuyéndoles planes que debian producir gran efecto en la imaginacion de los chinos; se dijo que los Jesuitas se ocupaban en construir fortalezas, y que habian llamado á las flotas portuguesa y japonesa para que invadiesen el país.

No se necesitaba tanto para que provincias enteras se levantasen, como se levantaron, contra los cristianos. Se trató de un degüello general y el Padre Martinez murió en el tormento.

Pero esto no fué sino un vendabal pasajero. Ricci dominó muy luego la tempestad, y de

(1) Cretineau Joly, pág. 173 y sig.

allí á poco pudo establecer una casa de noviciado en el centro mismo de Pekin.

Cuando Dios lo llamó á sí, cuatro años despues, todos los habitantes de la capital siguieron á la cruz que precedia al cortejo fúnebre. El Padre Schall, sucesor de este hombre verdaderamente grande, acrecentó su herencia.

Adam Schall, no menos ilustre que Ricci, intervino en todas las revoluciones de que fué teatro por entonces el imperio chino, y que dieron por resultado un cambio de dinastía. Cuando murió Schall tenian los Jesuitas en China ciento cincuenta iglesias públicas y treinta y ocho casas ó colegios.

Despues de la segunda persecucion, de la cual nada diremos, por respeto hácia una Orden ilustre, empezó otra era de prosperidad bajo los Padres Verbiest, Gerbillon, Perrennu y Gaubil, era que duró muchos años, y durante la cual las tareas científicas y literarias del apostolado chino fueron gloria de la Iglesia y admiracion de los sábios de Europa.

No hay que creer que los grandes esfuerzos de los Jesuitas en China les hubiesen hecho

abandonar á la India. Evangelizaban al mismo tiempo al Mogol, Ceylan, Bengala y Comandel. A fines del siglo XVI, su Seminario establecido en Goa envia á sus jóvenes confesores más allá del Ganges y hasta el Indo.

Roberto de Nobili, sobrino de papas y de emperadores, llega á ser el Apóstol de los Brahmas, mientras que otros evangelizan á los pérsas. El más ilustre de todos ellos, el bienaventurado Juan de Britto, que era hijo del vírey, enrojeció el Madras con su sangre. La Bengala, el Thibet, la Tartaria, la Siria, la Pérsia, la Armenia, vieron plantada la Cruz en sus dominios, y oyeron á los Jesuitas predicar el Evangelio.

La fé penetra con ellos en los desiertos de Africa, en los imperios de Abisinia y de Marruecos, en las costas de la Cafreria, del Mozambique y de Guinea.

Pero el Nuevo Mundo, á quien desean someter al yugo bienhechor de la civilizacion cristiana, es el principal objeto de su solícitud.

Allí no tienen que vencer solamente la ferocidad de los salvajes; sus más encarnizados

enemigos son los corsarios calvinistas, ingleses, holandeses, ¡ay! y también franceses, quienes, no menos crueles que los pieles-rojas, machetean á todo Jesuita que cae en sus manos. Ya han recibido la consigna. El mismo Calvino ha cuidado de designar á la Compañía de Jesús como principal y mortal enemigo del protestantismo. No dijo: «Matad á este ó aquel,» sino: «Ese es el obstáculo, quitadle de en medio.»

¡Y el apóstata es obedecido demasiado fielmente! Así perecieron el 15 de Julio de 1570, á la vista de Palma, el bienaventurado Ignacio de Acebedo y sus treinta y nueve compañeros destinados á la mision del Brasil. Algunos dias despues compartieron otros treinta su misma suerte.

La Compañía de Jesús debió á la rãbia de los herejes setenta y un mártires. Esta fué la cruzada de los piratas. Sourie, Capdeville y sus compañeros se enriquecian con una mano pirateando en los mares, y con la otra ganaban el cielo calvinista degollando á los misioneros donde quiera que los encontraban.

Peró todos los misioneros no caian bajo los golpes de los piratas mal avenidos con la mo-

ral romana. Los que se libraban de su sable de abordaje y de la flecha envenenada de los indios, se lanzaban á través de los desiertos y llevaban á cabo otra cruzada. Quedaron aún bastantes para la guerra santa, y ellos fueron los que conquistaron al Canadá, tan francés todavía, para la fé católica y para la pátria francesa, la cual debió este aumento de territorio á los esfuerzos inauditos y aún á la sangre de estos héroes de la religion y del patriotismo, muertos por Dios y Francia, que disfrutaban en el cielo la gloria de ser olvidados por la ingratitud humana, y cuyos nombres quiero al ménos consignar: Fogues, Baniel, Brebeuf, nobles auxiliares de Champlin.....

Quien no conoce á los gobiernos católicos del Paraguay, á las famosas *Reducciones*, tan ponderadas por Robertson, Alberto de Haller, Buffon, Montesquieu, Raynal, Châteaubriand, y de las cuales decia Voltaire: «Las fundaciones del Paraguay, debidas al solo esfuerzo de los Jesuitas españoles, parecen bajo cierto aspecto, el triunfo de la humanidad.» Tendremos desgraciadamente que volver á hablar del Paraguay y de la cruel recompen-